

Domingo XXIX del Tiempo Ordinario – Segunda salida procesional del Señor de los Milagros

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

El Señor nos insiste hoy día con toda fuerza: “*Yo soy el Señor y no hay otro*”. Esto es sumamente importante porque, en la experiencia religiosa, curiosamente, tendemos a sustituir a Dios por una serie de detalles. Y, entonces, nos olvidamos de que solamente hay un Dios y no otro y creamos “diosesitos”. Esos “diosesitos” están impregnados en una serie de normas y costumbres que tenemos que identificar más o menos a Dios. Y, entonces, aquí se aparecen dos grupos que están juntos para fastidiar a Jesús.

El primer grupo es de personas muy importantes, el grupo de los fariseos dentro de Israel, que interpretan más libremente la palabra que los sacerdotes leguleyos, que son demasiado quisquillosos, pero que también tienen una pregunta que es para ponerle “cabe” a Jesús. Porque, si Jesús dice: “sí, hay que pagar impuestos”, entonces, asumirán que está en favor de Roma, y como Israel ha sido invadido por Roma, entonces, el Señor sería un “verdugo”, un “traidor” con el pueblo maltratado de Israel.

Lo mismo con el otro grupo: los herodianos, que esos sí eran cómplices directos de los romanos. Han escuchado hablar de Herodes, ¿no? Y, entonces, también lo mismo: esos empujaban a que Jesús dijera que es el amigo de Roma.

Bueno, ¿qué hace Jesús? Mira bien lo que está pasando y les dice “¡hipócritas!”. ¿Por qué les dice esto? Porque están queriendo desviar el camino y la predicación que el Señor siempre ha hecho: sólo con Dios. Y están haciendo una especie de truco para que al final caiga y no afirme a Dios, a su Padre, que es el que en cada gesto de Jesús vemos. Por

eso, el Señor de los Milagros sigue siendo adorado por nosotros, porque siempre nos hace el favor de mostrarnos a Dios con ciertos signos tan lindos como la curación del Papa León XIV.

Es una belleza la delicadeza de nuestro Dios, que siempre camina, respeta, ayuda, es solidaria, esparce en la humanidad todos los valores que necesitamos para ser verdaderamente humanos. La vez pasada mi sobrina me dice: “mi papito está muy enfermo y parece que se va a morir. Y le dan este diagnóstico que ya está todo acabado. Entonces, mi papá me dice que quieren que lo incineren para que le guarde unas cenizas pequeñitas en una bolsita para que siempre lo lleve en el corazón”. Un gesto lindo, ¿verdad? Pero, luego, se le ocurrió preguntarle a un cura lo que pensaba hacer. Y él le dijo: “¡No! ¿cómo va a ser después en la Resurrección de los muertos? ¿Qué va a pasar? No va a estar completo” ...

Si supieran ustedes que este año celebramos a Santo Toribio de Mogrovejo, segundo arzobispo de Lima, hombre santo que comprendió a la gente, que caminó como Jesús y amó a la gente. Si supieran ustedes que actualmente todos sus huesos están en todas partes del mundo. Entonces, ¿en la Resurrección qué va a pasar? Se juntarán todos con un imán. A veces, los curas, la Iglesia, sin considerar que el tema de fondo es que el Señor es el único Dios y no hay otro, nos dispersamos en pequeñas tonterías. ¡Y eso es muy grave! Porque olvidar a Dios significa enredarse en cosas que no tienen sentido.

Y eso es lo que Jesús nota: le están poniendo una pruebita tonta para traer abajo la grandeza de Dios. Por eso, le dicen: “Maestro”, es decir, primero lo adulan. Como diciendo: “si no respondes a esto, la maestría se te va”. Y ese es el modo como tratamos la grandeza de Dios y a la gente grande que

ha hecho siempre bien a los demás, y les estamos poniendo trampitas y dudititas.

El Señor, entonces, centra cuál es lo principal: “¡hipócritas!”. La respuesta de Jesús es clarísima. No les dice “paguen”, les dice “devuelvan al César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios”. Y es que, para poder vivir la vida cristiana, siempre tenemos que tener en cuenta cuál es la voluntad del Señor en cada momento. Hay que discernir y pedirle su ayuda para que Él nos inspire y respondamos de acuerdo con lo que Él quiere. La religión cristiana es, ante todo, no cumplir una serie de normas, sino dejar que el Señor entre en nosotros, su Espíritu nos penetre y nosotros hagamos lo que hizo Jesús: fieles al Padre y actuar según Él.

Por tanto, las normas que se van acumulando y las costumbres que, ciertamente, algunas son muy interesantes y bonitas, es importante recordar siempre que son costumbres y que más grande siempre es el Señor, porque en determinado momento hay que hacer algo muy difícil: hacer la voluntad de Dios, no la nuestra. Cuando paseamos por nuestra ciudad con el Señor de los Milagros, recordamos permanentemente: “yo soy el Señor y no hay otro”, y se lo recordamos al mundo.

Pero hay también una cosa muy importante: ¿a qué otro Dios se refieren estos dos grupos que cuestionan a Jesús? Al “dios dinero”, que es el peor de todos y muchos adoramos porque siempre somos tentados.

En tiempo de Jesús, Él tuvo que decir en algún momento esta frase que se colinda perfectamente con el mensaje del Señor: *"No pueden amar a Dios y al dinero"*. ¿Por qué no dijo "no pueden amar a Dios y al diablo"? Lo que sería lo más normal, ¿no es cierto? Porque el diablo no se ve y, en cambio, el dinero, sí. Entonces, estamos todo el día

pensando: “uy, Dios mío, ¡la bolsa!, el cálculo”. Y nos han metido en la colada de la indiferencia.

Hemos llegado a un punto en el que ya no se comparte el dinero que se tiene ganado con el trabajo para ayudar a la gente, sino para especular. Incluso, se han metido en esa misma lógica a los que menos tenemos; y nos podemos morir de hambre, pero nos mantenemos en la idea: “el dinero tiene que crecer, tenemos una seguridad”. Eso es el culto al dinero que existe, que es una liturgia es una organización mundial de los bancos. Están metiéndole a la gente como idea de que lo único que salva es el dinero.

Es cierto que el dinero es útil para muchas cosas, pero el dinero es consecuencia de nuestro trabajo. Y primero están las relaciones que tenemos entre nosotros. Lo otro tiene que ser una ayuda que se da adecuadamente para un servicio, pero no para estar enriqueciéndonos como locos y compitiendo uno contra otro para matarnos. Y hoy día estamos en esa situación. El dinero es el “dios” de esta época del mundo moderno, como lo fue en el pasado, pero hoy día es mucho peor porque existen los que “cultivan” ese dinero y nos obligan a todos a sostenerlos para tener una ganancia que no significa nada, pero para ellos sí tener enormidades porque son “dioses” y se creen que al Señor Dios lo pueden tratar de esa manera.

Hermanos y hermanas, tenemos que recapacitar al respecto porque los católicos somos muchísimos en el mundo y necesitamos seguir siendo hermanos como la Hermandad del Señor de los Milagros, que es una fuente inagotable para anunciar el Evangelio de la hermandad. Recuerdan el Papa Francisco escribió *Fratelli Tutti* (Hermanos Todos) y no es sobre la hermandad del Señor de los Milagros es sobre cómo nos hermanamos en el mundo. Y lo peor que hay en el mundo en este momento son las guerras.

El Papa León XIV ha insistido: tenemos que generar la paz desarmada y desarmante. ¿Qué significan esas palabras? Que la paz se consigue por medio de la paz, del acuerdo, de la organización mutua, del tratarnos bien, del acordar, generar entre nosotros lazos de vida y de esperanza. La paz no se consigue a la fuerza, con amenazas, invadiendo países, imponiendo impuestos arbitrarios a todo el mundo y diciendo “esta tierra es mía y me meto”. Eso es una usurpación, eso es un latrocinio. Y eso, aprender a vivir como hermanos, es el centro hoy día de la vida mundial.

El Papa lo ha querido expresar con la Encíclica “Magnífica Humanitas”, en donde dice que hay dos métodos para vivir en el mundo: el método de Babel: construir grandes torres para dominar el cielo, para conquistar el cielo. Y la otra: el camino a Jerusalén, en donde se hace el acuerdo y se va construyendo poco a poco la muralla en grupos, como lo hacemos nosotros cotidianamente, como lo hacemos en la hermandad. Y la hermandad es eso: ponernos de acuerdo con todas las cuadrillas y las cantoras para organizarnos bien, para poder unirnos entre todos y hacer un mundo feliz, por acuerdo de todos conscientemente, responsablemente. Allí también unimos unos votos, pero no pensando en lo que vamos a ganar, sino pensando en el bien que vamos a hacer, en cómo actuamos en un Dios.

Por eso hoy día es muy importante, porque el Papa León en su Encíclica ha dicho claramente que el problema fundamental del mundo hoy día es la deshumanización, es decir, el intento de destruir el principio vital para el mundo, que es la dignidad de la persona humana, el valor de la vida que Dios está respetando. Y, por eso, entonces, tenemos que aprender a seguir fortaleciendo el modo de construir la vida, la historia, la Iglesia y todo a través de los acuerdos, de ponernos de acuerdo, de valorar algo. Hermanarnos en el Perú es fundamental porque el Señor nos hizo

indioblanquinegros, blanquinegrindios y negritoblanco. “Así nos hizo el Señor a los peruanos”, como dice Nicomedes Santa Cruz. Y tenemos que aprender a apreciar, no a despreciar, a ayudarnos mutuamente.

Por eso, aquí recibimos a toda la gente como hemos recibido a Robert Prevost. Tan bien lo hemos recibido que se hizo hermano y ahora el Papa, por el amor que hemos podido compartir con Él, que es también fruto de nuestro pueblo, de nuestros hermanos chiclayanos. Hoy estamos felices porque el Señor nos está escuchando y nos está acompañando.

Hermanas y hermanos, aprovechemos esta procesión para llenar y contagiar de amor a toda nuestra ciudad y decirle que sólo el amor de Dios salva. No solamente no hay otro Dios, sino que no hay ninguna salvación que sea sin amor verdadero y gratuito, como es el amor de la mamá que da la vida por sus hijos.

¿A alguno de ustedes les ha cobrado la mamá por todos los pañales que les lavó? La maternidad es fundamental por eso, porque es gratuita. Y felizmente tenemos a las mujeres en el camino más grande de esperanza. ¿Por qué? Porque al llevar en su seno el vientre materno, saben que son generadoras de vida. Y hoy día se habla muy claramente, se está estudiando mucho que el punto fundamental que tiene el ser humano para ser verdadero ser humano es haber pasado los nueve meses en el útero materno. ¿Y por qué? Porque en el útero materno solo recibimos los fluidos de la mamá, la sangre de la mamá, los líquidos de la mamá, el canto de la mamá. Y también recibimos su palabra, su aliento, y el don de que esos nueve meses han sido “¡gratis!”. A todos nosotros los regalos, ¿no es cierto? Bueno, nueve meses en el útero materno son un regalo, un don gratuito que Dios nos da.

Cuando salimos del útero materno, ahí recién empiezo a razonar, a calcular. También se necesita eso para vivir, pero no sin ser gratuitos y vivir el amor gratuito para los demás, que es lo que da la vida. Es un signo de lo que es Dios, que imprimió en el útero materno su capacidad de generar vida, porque ustedes son, en cierto modo, las ayudantes de Dios para que veamos cómo Dios es el generador de vida. Y cuando solamente nos encerramos en los cálculos, negamos a Dios. Nunca organicemos algo calculado si antes no lo organizamos sobre el principio del servicio, del amor y de la paz.

Terminemos con un chiste de Mafalda:

Mafalda está en una esquina y está viendo que una señora está queriendo corregir a su hija. Y, como la chiquita llora como una loca, y hace un escándalo. Entonces, la señora le da un cachetadón y le dice: «¡Paz!». Y Mafalda dice: «Alegórica la señora». ¡Qué manera es esa de expresar la paz con un cachetadón! Eso es lo que quieren los grandes de este mundo: que resolvamos las cosas como ese cachetadón, imponerse a medio mundo y hacer lo que quieran con la gente. Si nos matan a todos, entonces cómo no va haber “paz”, pero es la paz de los cementerios, no es la paz del amor de Dios, que es el equilibrio, la capacidad de juntos resolver los problemas, de sentirnos alegres, de ser reconocidos y de reconocer.

Que a todos nos haga así, hermanos y hermanas, que no caminemos por el camino de la hipocresía y los detalles tontos; y que nos centremos en Dios y en su voluntad, que siempre nos saca de las situaciones difíciles.

Amén.

